

## NUESTRAS ESCRITORAS DE HOY

**N**O sé si debo nombrar al irónico Voltaire o al melancólico Rousseau, pero fué un filósofo ginebrino—de adopción por lo menos—quien formuló esta máxima: «dichosos los que, cercados por la hostilidad, se refugian en sí mismos para realizar una obra». Palabras que se podrían completar diciendo que si nuestros enemigos fueran hábiles nos retendrían con sus agasajos en el ambiente amable de los triunfos efímeros. Sólo por irreflexión pueden empujarnos al aislamiento que prepara las reacciones durables. Pero quizá son útiles las contradicciones. Pagando tributo al misterio que nos circunda, venimos así quejándonos unos y otros desde el principio de las épocas; éstos del daño que les han hecho injustamente, y aquéllos del perjuicio que no han logrado causar.

Trasunto de Sísifo, la vida literaria arrastra de esta suerte una complicada red de inquietudes inútiles que entorpecen los movimientos, sin favorecer los rencores de los que quieren disminuir a los demás y sin cambiar el destino de los que deben elevarse irremediabilmente.

Estas reflexiones se aplican de una manera especial a la situación de las mujeres que escriben. Nosotros tenemos, a pesar de todo, en medio de la lucha, incontables privilegios. Pero ellas, ceñidas por la opinión hostil, sitiadas por la sospecha, deben hacer frente a la vez a las endémicas guerrillas del gremio y a la irreductible resistencia de los profanos.

Por eso sorprende, como una dificultad vencida—y también como un signo de la feliz evolución de nuestras costumbres—, la floración brillante de escritoras que hemos visto surgir en estos últimos tiempos. Antes la *femme de lettres* era un producto raro. Digamos la palabra, un fenómeno. Hoy brotan de norte a sur del Continente racimos de nombres que se imponen a la atención general, compitiendo con los hombres, superándolos a veces.

Que una mujer escriba no es ya una excentricidad. Se acabó también la amanerada *dilettante*, la señorita bachillera que se acogía a las letras como a una nueva coquetería mundana. Si algunas quedan, hay que buscarlas entre la naftalina de los cenáculos retardatarios. Son flores artificiales como el medio en que evolucionan.

Las que valen, las que cuentan, traen una vocación, en su sentido cabal, y son audaces profesionales que afrontan la

intemperie y salen a conquistar su jornal de gloria, abriéndose paso a empujones, como nosotros. Sufren, se debaten, pagan tributo al dolor que es el obligado pasaporte de los artistas, pero siempre acaban por hacer aceptar al medio reacio su emoción, su idealismo y su notoriedad.

Leyendo un libro muy interesante que acaba de publicar en Chile Julia García Games bajo el título de *Cómo los he visto yo*, encuentro, entre las siluetas que integran el volumen, los nombres de media docena de escritoras de indiscutible mérito: Olga Acevedo, la poetisa angustiada y soñadora que traduce dolores y melancolías intensas; Aída Moreno Lagos, cuyos versos tienen perfume silvestre y olor de campo recién llovido; Marta Brunet, autora de novelas admirablemente construídas; Amanda Labarca, conferenciante, cuentista, sagaz observadora de cuanto la rodea; Nelly Merino Carvallo, espíritu enamorado de lo autóctono, exploradora intrépida de las selvas paraguayas; y Roxane, autora de *Flor Silvestre*, una de las novelas más típicas que se han escrito en su país.

Y conste que en esta enumeración sucinta, al margen de la cual quedan muchas figuras consagradas, falta la escritora más grande de que hoy puede enorgullecerse nuestra América. Basta pronunciar el nombre de Gabriela Mistral para dar a la mujer dentro de la literatura latinoamericana un puesto de primera fila. Ninguna se elevó tan alto. Ninguna dejó hasta ahora una huella tan honda en los espíritus. Algún día tendrá que reconocerlo el Continente. No es que yo sugiera un homenaje análogo al que se tributó a Juana de Ibarbourou, la fina poetisa uruguaya, cuya obra tanto admiro y a cuya consagración siempre estuve dispuesto a contribuir. Juana de Ibarbourou es también uno de los mejores valores de nuestras letras. Pero su vibración emocional tiene otro alcance y otro radio de acción. Lo que le corresponderá a Gabriela Mistral el día en que nos decidamos a ser justos, será algo más amplio, con más raíces en la vida, en el pueblo, en la juventud.

Y puesto que hemos pasado de Chile al Uruguay, cumple evocar la figura de Delmira Agustini, la más intensa de las poetisas de esa república. Pocas veces se escribieron versos tan apasionados y sensuales en un estilo tan limpio y superior. Y es que Delmira Agustini era, ante todo, una sinceridad vibrante y por lo tanto perpleja, ante los vientos de la vida. Aún la veo, el día de su casamiento, preguntándonos a Zorrilla de San Martín y a mí, que éramos sus testigos: «¿Qué hago? ¿Me caso?» La duda se decidió en afirmación, y pocos meses después se abrió en sangre el epílogo que todos recuerdan en el Río de la Plata.

De ese Uruguay, trágico a veces a fuerza de ser espontáneo, nos llegan las voces de varias escritoras de primera fila, empezando por Raquel Sáenz, poetisa inspirada y sentimental que nos ha dado páginas maravillosas; por María Teresa L. de Sáenz, que escribe admirablemente versos criollos, y por María Eugenia Vaz Ferreyra, temperamento selvático del cual ha nacido una cosecha valiosísima, hasta llegar a Luisa Luisi, espíritu libre, afirmativo, impetuoso que opina en una prosa acerada y eficaz sobre los temas más arduos y trascendentes.

Al citar al azar del recuerdo, omito en cada país muchos nombres que involuntariamente escapan en la rápida evocación a que nos va llevando esta crónica. Pero nadie puede abrigar el propósito de hacer en cuatro líneas un cuadro prolijo de la actual literatura femenina en América. Lo que aquí esbozamos es apenas una impresión. Un acorde inicial diríamos, ya que no ha de faltar mañana quien, con la debida documentación y reposo, haga un libro coherente sobre el tema.

Pasando a la Argentina encontramos la figura descollante de Alfonsina Storni. Figura tan personal, tan sugestiva, tan dueña de su yo. Las composiciones de Alfonsina Storni son inconfundibles. Cada verso lleva su firma en el temblor reconcentradamente salvaje, en las imágenes que sorprenden, en la noble inspiración. Su obra ha salvado el límite de las fronteras nacionales y se derrama sobre el Continente, en una consagración de triunfo.

Tras ella asoman otros talentos representativos y selectos. ¿Citaremos los cantos suaves y sensitivos de Raquel Adler que traducen con arte su intensa vida interior? ¿Los paisajes urbanos de Chérie García Onrubia que describe irónicamente la calle Florida y desentraña su esencia con pinceladas sobrias y elegantes? ¿Las prestigiosas poesías de Mercedes de Saavedra Zelaya que velan un alma indócil bajo el sereno ritmo clásico? ¿Las notas llenas de color de María Luisa Díaz Sáenz Valiente?

Saltando a Méjico (con residencia en Madrid) hallamos a una de las escritoras más fecundas del Continente, la popular María Enriqueta de los cuentos para chicos, de las novelas para grandes y también de las poesías íntimas, llenas de emoción, que publica en tomos ilustrados por ella misma. María Enriqueta es uno de los valores más sólidos de nuestra América y merece dentro y fuera de su país la admiración y el respeto.

También hemos de citar entre las primeras a la admirable Matilde Gómez que acaba de reunir en volumen los notables

artículos que envió desde Europa a la *Revista de Revistas* de Méjico, a Rosalinda Coelho Lisboa, que defiende con brillo el prestigio del Brasil y a Laura Rubio de Robles, poetisa de hondos fervores que traduce en armonías breves el encanto de la vida centroamericana.

Y no es posible olvidar a una de las que han alcanzado en estos últimos tiempos más rápido triunfo y notoriedad más segura. Me refiero a la venezolana Teresa de la Parra, cuyas *Memorias de Mamá Blanca* pueden ser calificadas de obra maestra y hasta en cierto modo equiparadas a la novela célebre de José Eustasio Rivera. La realidad de nuestra América, el perfume de la tierra nativa, el alma de las costumbres regionales, han encontrado en Teresa de la Parra un formidable artífice que concreta, traslada, estiliza el tesoro no explotado aún. Hay que admirar sobre todo en su obra el sabio abandono de su prosa sonriente y elegante que en todo momento nos cautiva.

Con menos perfección y con técnica más anticuada, ese fué el camino que trazaron desde el siglo pasado Adela Zamudio, Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera. En el Perú de hoy vemos revivir la tendencia con Aurora Cáceres, de quien he prologado últimamente un hermoso libro, con la extraordinaria Magda Portal cuyos bellos versos, violentamente revolucionarios, tienen tan hondo acento de sinceridad, y sobre todo con la hija del glorioso autor de *Tradiciones Peruanas*.

Angélica Palma es hoy, sin duda alguna, la primera entre las escritoras de su país, no sólo por la recia contextura de sus novelas de costumbres, sino por la amenidad y la corrección del estilo, siempre sobrio, eficaz, con pinceladas de gracejo, como forjado en la escuela de su padre, el perfecto narrador. Pocos libros ofrecen para los lectores americanos un interés tan sostenido como el que acaba de publicar Angélica Palma bajo el título de *Uno de tantos*. En él nos muestra un panorama de la vida limeña con tipos y costumbres de cepa tan firme que nos sentimos envueltos y arrastrados por la acción.

Estas escritoras, y muchas de reconocido mérito que no puedo citar porque prolongaría demasiado esta crónica, coinciden en dos tendencias encomiables que influirán de una manera segura en el desarrollo de nuestra literatura de mañana: la sinceridad y el apego a las cosas del terruño. Por eso, y porque, como dije al empezar, han tenido a menudo más detractores que partidarios en el ambiente irrespetuoso de nuestra América, merecen todas una rosa y un gajo de laurel.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.